

Orígenes de aquella *Marejadilla*

*

El Rey Mago, viendo que se perdían, él (su baba, su baba) y su hija quinceañera y húmeda, en las estrechas soledades de la isla, juntó con sus artes a doce geniecillos, los vació de *historias*, y les contó la suya. Los encerró luego en doce redomas, y echó éstas al mar. Una la halló William Shakespeare en la orilla gamberra del Támesis londinense. Ensayó el rescate y la redención del Brujo en *Pericles*, en *Cymbelino* y en el *Cuento de invierno*, y sólo pudo alcanzarla (pero será tristísima, y muy frágil, que vendrá nada más si le prestamos nuestra fe) en *La Tempestad*. El trabajo fatigó tanto al bardo que abjuró de aquella “ruda magia”, rompió su palito de virtudes, sepultándolo “varios codos debajo de la tierra”, y abismó su “libro” “en profundidades que ninguna plomada ha sondado jamás”², y se retiró a Stratford, a rusticar, y allí, quizás, “un tercio de [sus] pensamientos [serían] [su] tumba”³. Esto lo supe porque otra de las redomas se llegó hasta mis pies, en la playa de la Malvarrosa. Y escribí, desde el texto embotellado, *Marejadilla*.

*

El retrete, para Covarrubias, es “el aposento pequeño y recogido en la parte más secreta de la casa y más apartada...”. Como *cubiculum secretum* lo traduce el *Diccionario de Autoridades*. Allí dentro pena uno, y se alivia. Conmigo es, además, escuela. Ahora mismo tengo, muy a mano, en un taburete de tijera, de palo, bajito, una colección de frases hechas del inglés y los *Pasos* de Lope de Rueda. Esta mañana, sin embargo, había cerrado *La Tempestad* y me apetecía brindar con otra cosa. Por casualidad he cogido *Deshoras*, de Julio Cortázar, y he removido el vientre con *Botella al mar*. El libro debí de leerlo en el 83, cuando lo sacó Alfaguara, porque hasta que se me murió el argentino esperaba como perro a su puerta, a que me tirase algún hueso. Las cursivas me arrastraron enseguida al fondo de la página: “...como muchas cartas, como muchos relatos, también hay mensajes que son botellas al mar y entran en esos lentos, prodigiosos *sea-changes* que Shakespeare cinceló en *La tempestad*... Es así, pienso, que se operan las comunicaciones profundas, lentas botellas errando en lentos mares...”. De septiembre del 91 es una carta del tío Saturnino, donde comenta, divertido, *Marejadilla* y me avisa que están levantando, de nuevo, el teatro de *El Globo*, en Londres. Ya lo han terminado, y él no ha llegado a visitarlo. Supongo que de aquel año será la obrita, que mezcla los juguetes de Próspero con botellas errantes, marineras.

¹ Manuel Palazón Blasco, *segundos juguetes que he fabricado revolviendo en los armarios de Shakespeare*. Valencia, Obrapropia. ISBN 978-84-16048-22-9. Depósito Legal: V-3163-2013.

² William Shakespeare, *La Tempestad*, V, I, 50 – 57.

³ William Shakespeare, *La Tempestad*, V, I, 311.

*

La memoria, ¿lo guarda todo? A los diecisiete años yo leía sin masticar, tragando con prisa, hambrón. Así me metí entre pecho y espalda las obras completas de Shakespeare, en castellano, que me había prestado Juanjo Huerta. Las malcomería todas, chulo, o apartaría algunas del plato, aburrido. Ni me acuerdo. Seis años después, en el curso 84-85, volví (pero valía la primera vez) a *La Tempestad*.

*

El excusado, ya lo he dicho, me hace de universidad, pero alguna vez, como hoy, es templo oracular, montecillo sinaí donde tengo menudas revelaciones. Julio Cortázar juntó en un párrafo botellas al mar con *La Tempestad*, y yo, ocho años después de leerlo (con la obra de Shakespeare borrada, ignorando qué significaban aquellas “mudanzas marinas”, “*sea-changes*”), pensé que inventaba *Marejadilla*.